

## XXII.

Llegamos ya á la época mas importante de la vida de Nezahualcoyotl. Hasta aquí hemos podido admirar su resignacion, su prudencia, su profundo disimulo para sobreponerse á las situaciones mas difíciles, á la vez que ese valor tranquilo y reposado que afronta el peligro y no retrocede ni flaquea ante lo que agobia á los hombres vulgares. Sin perder de vista un solo punto el grande objeto que tenia que alcanzar, cual era reconquistar el trono de sus mayores, todos los actos de su vida se habian encaminado hácia él, no desalentándole los rigores de la mala fortuna, ni precipitando con impaciencia los acontecimientos, que por sí solos se habian venido determinando hasta el punto que tocamos de nuestra narracion. El largo estudio que habia hecho de las personas y de las cosas que le rodeaban; el perfecto conocimiento que poseia de la opinion de los pueblos, y sobre todo, el extremo en que se le habia colocado de huir para salvar una vida tantas veces y tan alevosamente amenazada, le ponian en la necesidad de obrar declarando la guerra al tirano.

Por otra parte, los sucesos se habian precipitado á medida de su deseo. Los mexicanos y tlaltelolcas, no consintien-

do en abdicar su independencia como lo pretendió el jefe de Azcapuzalco, habian elegido por reyes á Itzcohuatl y Quauhflatohuatzin, y uniendo sus esfuerzos contra el enemigo comun, habian roto las hostilidades, emprendiendo una de esas luchas terribles en que no hay mas alternativa que la de vencer ó sucumbir en una esclavitud verdaderamente oprobiosa.

Al llegar Nezahualcoyotl al rústico alojamiento que le tenian preparado los tlaxcaltecas, lo primero que hizo fué volver á despachar á Xolotecuhtli cerca de Totzintecuhtli, señor de Chalco, para que segun se lo tenia ofrecido, se moviese con sus tropas y entrase en determinado dia (el 5 de Agosto) por el territorio de Cohuatlican, arrollando á los enemigos hasta juntarse con el ejército que el príncipe mandaria en persona, y que invadiria por Otompan, conquistando aquella provincia y la de Acolman. Xolotecuhtli recibió orden de pasar por Tezcoco y consultar aquel plan con Quauhlehuanitzin y Huitzilihuitzin.

A la vez llegaron mensajeros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras, manifestando estar prontas sus fuerzas para moverse segun las órdenes que se les comunicaran. El príncipe les previno que el dia siguiente al antes indicado, y que correspondia al 4 de Agosto, se hallasen todos en Calpolalpan, pueblo situado en los llanos de Apam, perteneciente á la provincia de Tezcoco, para penetrar por las tierras de Otompan.

Xolotecuhtli partió á cumplir su mision, y habiendo llegado á Tezcoco la comunicó á Quauhlehuanitzin segun lo acordado. Este le dijo que no convenia que fuese á Chalco, porque el señor de aquella provincia, á pesar de los compromisos que tenia contraidos con Nezahualcoyotl, habia ofrecido á Maxtla ayudarle en su guerra contra los mexicanos. Huitzilihuitzin fué de distinta opinion, no creyendo que Totzintecuhtli faltase á su palabra solemnemente empeñada. Había la circunstancia que Huitzilihuitzin era hermano de Atozquentzin, mujer del señor de Chalco, por lo cual recomendó

á Xolotecuhtli que antes de hablar con dicho señor manifestase á su hermana el negocio que llevaba, para que ella le ayudase en su empresa, persuadiendo á su marido al cumplimiento de su palabra.

Siguió este último parecer el enviado del príncipe, y se puso luego en camino. Al llegar á Chalco tuvo una entrevista privada con Atozquentzin, en la que le manifestó esta que era cierto el cambio operado en el ánimo de su esposo, pero que á pesar de eso le hablaría inmediatamente para ver si lograba persuadirle á que prescindiese de sus nuevos propósitos. Hízolo así en efecto, mas Totzintecuhtli se mostró inflexible, dando por razón los temores que abrigaba de que Nezahualcoyotl se uniese con su tío el nuevo rey de México, hombre soberbio y ambicioso, que una vez destruido el imperio teapaneca, pretendería absorber todos los señoríos independientes. A esta consideración se agregaba la de que creía que todos sus principales capitanes preferían el partido del emperador al del príncipe.

No obstante, las instancias de Atozquentzin fueron tan vivas, que el señor de Chalco se decidió al fin á adoptar un medio, y fué el de convocar una junta compuesta de todos los principales señores de su corte, para que en su presencia compareciese el embajador de Nezahualcoyotl, y ellos decidiesen lo que hubiera de hacerse. La junta permaneció perpleja después de haber oído el discurso del enviado, que puso en su conocimiento que su señor, secundado por muchos príncipes que señaló, se hallaba á la cabeza de un ejército que llegaba á cien mil hombres. La mayoría se inclinaba á que se diera el auxilio pedido; pero temiendo que el pueblo fuese de distinto parecer, Totzintecuhtli resolvió apelar al bárbaro expediente que se acostumbraba en casos semejantes.

En medio de la plaza principal se levantó un tablado, y en él se colocó al embajador, atado de pies y manos á un alto palo, cubriéndole con mantas. En seguida se convocó al pueblo al son de instrumentos militares, y un pregonero le

hizo saber el objeto de aquella reunión, diciendo que si se decidía el auxilio al príncipe, se desataría inmediatamente al embajador para que fuese á dar cuenta de su misión; pero que si el pueblo opinaba en contrario, se le quitaría luego la vida haciéndole pedazos. Se descubrió entonces al embajador, que con el terror que es fácil figurarse, quedó aguardando su sentencia. El pueblo no se hizo esperar mucho tiempo, pues levantando una gran voz pidió que le desatasen, manifestándose todos resueltos á tomar las armas en favor de Nezahualcoyotl.

Después de aquella solemne declaración, no quedaba á Totzintecuhtli más recurso que acatarla, y recibiendo muy afable al embajador, le dijo que comunicase al príncipe que el día siguiente se movería con todo su ejército para seguir la marcha que se le había indicado. Xolotecuhtli quedó tan espantado con el tremendo peligro que había corrido, que al llegar á Tezcoco y dar cuenta del suceso á Huitzilihuitzin, no se resolvió á pasar adelante por más instancias que aquel le hizo, arrojándole el temor de los riesgos que pudieran presentársele en momentos en que reinaba ya una grande agitación entre los amigos y los adversarios de Nezahualcoyotl. Al ver esto, Huitzilihuitzin, aunque convaleciente de los tormentos que había sufrido, se puso en marcha para ir á participar al príncipe la disposición en que quedaba el señor de Chalco.

## XXIII.

Mientras que esto pasaba, Nezahualcoyotl se movía ya en son de guerra conforme á los planes que habia combinado. El día 2 de Agosto salió de su alojamiento de Tlaxcallan con la tropa y recursos que allí le habian proporcionado, y marchó sobre Calpolalpan. Su fuerza se aumentó considerablemente en las varias poblaciones que tocó de pasó, de suerte, que en la ciudad mencionada, pudo ya reunir el día siguiente un ejército de cosa de cien mil hombres, aunque no todos estuviesen armados. En la madrugada del día 4 se dirigió á Otompan, de que se apoderó sin resistencia, haciendo pasar á cuchillo á Quetzalcuiztli, señor de la provincia, y á muchos principales, tanto otomíes como tecpanecas.

El buen éxito de las primeras operaciones, era un feliz agüero del desenlace de una campaña, bajo todos aspectos justa. En Otompan dividió el príncipe su ejército, haciendo que los tlaxcaltecas y huexutzincas, al mando de sus respectivos jefes Cenmatzin y Tonalxochitzin, marchasen á Acolman, tomando las poblaciones que estuviesen en su tránsito, y engrosando sus fuerzas hasta donde pudieran. Por su parte, se dirigió á Tezcoco con el resto de la tropa, mientras

que á su izquierda se movían los chalcas por el rumbo de Cohuatlican, para poder apoyar sus operaciones donde fuese necesario.

En número de 10,000 hombres, los chalcas, mandados por Nauhyotl, vieron pronto duplicada aquella cifra con los partidarios que se les agregaron á su paso, y no hallaron obstáculo ninguno hasta la capital de la provincia de Cohuatlican, en donde tenían los tecpanecas una gruesa guarnición. Defendióse con grande energía el rey Quetzalmaquiztli, pero al fin tuvo que sucumbir, pues fué desamparado de los suyos y quedó con un reducido número, con el cual prolongó la resistencia en el templo mayor, hasta que atravesado de muchas flechas cayó muerto, lo que hizo rendirse á los pocos que le acompañaban. Los chalcas prosiguieron luego su marcha hasta cerca de Huexotla.

El mismo día que Nezahualcoyotl partió de Otompan, llegó en la tarde á Huexotla, cuyo señor, Tlacotzin, que le habia sido siempre adicto, salió á su encuentro, acompañado de los principales del lugar y de las tropas que tenía preparadas para ayudarle. Tocantzin y Quauhtliztli, dos hermanos pertenecientes á la nobleza, instaron al príncipe para que se detuviese á descansar en su casa; este condescendió y fué obsequiado espléndidamente; pero lo que mas agradeció, porque mas útil le era en aquellos momentos, fué una cantidad inmensa de armas de todas clases, como arcos, flechas, macanas, etc.

Apenas concluyó el convite, Nezahualcoyotl prosiguió su marcha, llegando á media noche al pueblo de Oztopolca, cerca de Tezcoco. Grande fué el número de amigos, parientes y partidarios que allí se le reunió, formando por sí solos un ejército harto crecido. Allí encontró tambien al príncipe Axayacatzin, nieto de Itzcohuatl, el rey de México, que de parte de este iba á felicitarle por su llegada, y á hacerle saber el conflicto en que se hallaban mexicanos y tlaltelolcas, sitiados por el ejército tecpaneca. Tiempo era ya de llevar á efecto la alianza que tenían celebrada anticipadamente, y

le pedia por lo mismo que le auxiliase en la grave situacion á que le tenia reducido el tirano. Nezahualcoyotl despidió al enviado de Itzcohuatl, reiterándole las promesas que le tenia hechas, y empleó el resto de la noche en tomar todas las disposiciones necesarias para el asalto de Tezcoco en la madrugada del próximo dia.

Llegada la hora, se encaminó á la ciudad el príncipe con todo su ejército en muy buen orden, y al entrar en los arrabales se encontró con una gran multitud de viejos, mujeres y niños, que echándose á sus pies y con lágrimas en los ojos, imploraron su compasion, haciéndole presente que si habian obedecido al tirano, habia sido forzados por las circunstancias, pero que nunca habian dejado de profesar hácia su rey legítimo el debido sentimiento de fidelidad. Nezahualcoyotl se conmovió profundamente ante aquella muchedumbre suplicante, y dió orden á sus soldados para que respetasen hasta al mas humilde de sus súbditos, cebando todo su furor en los gobernantes puestos por Maxtla, y en los demas tecpanecas que se habian establecido en la ciudad.

El ímpetu de aquel numeroso ejército, activamente secundado por la poblacion, fué tan enérgico, que en vano quiso oponerse la fuerte guarnicion que allí habia; y Tlilmantzin, hermano bastardo del príncipe, segun hemos dicho; Nonohualcatl, cuñado del primero, y Toxpili, pariente de Maxtla que eran los jefes de los tecpanecas, tuvieron que huir despues de una corta resistencia. La accion fué en extremo rápida, de tal suerte, que á medio dia la ciudad estaba ocupada y tranquila, y Nezahualcoyotl, despues de haber hecho su entrada triunfal entre los entusiastas víctores de una multitud alborozada, se hallaba descansando en su palacio de Cilan.

Mientras que esto pasaba, los tlaxcaltecas y huexutzincas, combinando su movimiento con el del ejército de Nezahualcoyotl, habian invadido el territorio de Acolman, talando todo el país, matando á los habitantes sin distincion de edad ni de sexo, hasta llegar á la capital de la provincia. Allí en-

contraron una fuerte resistencia por parte de la guarnicion tecpaneca que la defendia, pero la ciudad sucumbió al vigoroso ataque, pereciendo á manos de Tenalxochitzin, jefe de los huexutzincas, Teyotocolhuatzin, rey de Acolman y sobrino de Maxtla. Fué tan terrible esta invasion, que muchos lugares quedaron enteramente destruidos, y los soldados hicieron un botin enorme. Despues de esto marcharon en direccion de Tezcoco, para verificar su union con el ejército del príncipe, y darle cuenta de sus operaciones.

Nezahualcoyotl, sin embargo, ocupada ya la capital de su imperio, estaba ignorante de lo que hubiese sido de los tlaxcaltecas; así fué que apenas descansó en su palacio, y dió las órdenes necesarias para mantener el orden en la ciudad y sus alrededores, cuando en la misma tarde salió con un numeroso cuerpo de tropas á auxiliar á sus aliados, á quienes recibió en Chiautla, donde le habia alojado espléndidamente un rico partidario suyo llamado Tetlaxincatzin. Impuesto el príncipe de lo que habian hecho, y de cómo habian dejado competentes guarniciones en todos los puntos conquistados, les cedió los despojos de guerra, felicitándolos por el buen éxito de su empresa. Por lo demas, no teniendo ya necesidad de su auxilio, pues al entrar en sus Estados habia levantado un número de gente muy crecido, les manifestó que podian pasar á Tezcoco á descansar de sus fatigas, ó bien volverse á sus respectivos países, dejando solo las fuerzas que guarnecian las plazas de Acolman. Los aliados optaron por esto último, y se separaron llevando las mas cordiales manifestaciones á sus soberanos, expresando la esperanza de que continuarían prestándole su apoyo en la guerra contra el tirano, luego que organizase su gobierno.

El dia siguiente marchó para Huexotla, en donde los chalcas, concluida la conquista de Cohuatlican, se hallaban acampados. Allí habló con el general Nauhyotl, y despues de felicitar á sus tropas por su buen comportamiento, les cedió, lo mismo que á los tlaxcaltecas y huexotzincas, el cuantioso botin que habian hecho, y les permitió que se retirasen, de-

jando solo algunas tropas de guarnicion en los lugares mas importantes.

Vuelto Nezahualcoyotl á Tezcoco, convocó á los principales del imperio, y se hizo reconocer como legítimo monarca. En seguida guarneció todas sus fronteras con tropas escogidas, desde Tezontepec hasta Chiuhnautlan, y desde este punto por toda la orilla de la laguna hasta Iztapalocan. Sin perder tiempo, consagró tambien una atencion especial á restablecer la administracion pública, á crear la policia y á organizar, en suma, todos los elementos de un buen gobierno, desplegando en esto los talentos superiores del soberano, que al valor indomable del guerrero unia el génio profundo del político.

## XXIV.

Quince dias habian bastado apenas para que pasasen los grandes sucesos que dejamos rápidamente reseñados, desde que nuestro héroe se vió obligado á huir de Tezcoco, á consecuencia de las intrigas de Maxtla para darle muerte. Esta circunstancia ha parecido de tal manera extraordinaria á algunos historiadores, cuya cándida credulidad se sobrepone á un sano criterio, que no vacilan en atribuirle á una especial proteccion del cielo, en favor del príncipe que nos pintan las antiguas tradiciones como el que abrigó ideas mas rectas acerca de la Divinidad. Basta, empero, recordar cuál era la situacion en que se encontraban los pueblos del Anahuac, en la época á que nos referimos, para ver que muy naturalmente se explica el asombroso éxito de Nezahualcoyotl, obtenido en tan corto período de tiempo.

Obsérvese, en efecto, que la desenfrenada tiranía del usurpador por una parte, y los trabajos de Nezahualcoyotl hábilmente preparados por la otra, habian traído las cosas á un extremo, en que la caida del primero y la elevacion del segundo, tenian que ser la doble consecuencia forzosa de tales antecedentes. El público descontento habia llegado á un

punto en que la circunstancia mas insignificante le haria estallar, como sucedió, presentándose irresistible en contra de un opresor que no podia prolongar su odioso despotismo. El rompimiento de los mexicanos y tlaltelolcas contra el monarca tecpaneca, puso á este en la imposibilidad de ocurrir con todas sus fuerzas al encuentro del príncipe chichimeca, quien encontró el camino abierto hasta la capital de su imperio, no teniendo mas obstáculos que las guarniciones que halló á su paso y que arrolló fácilmente. Todo esto demuestra de una manera satisfactoria, que las victorias obtenidas por Nezahualcoyotl, si bien de una importancia extraordinaria, están muy lejos de ese carácter maravilloso que la imaginacion de algunos historiadores ha pretendido darle.

Réstanos explicar un hecho que parece á primera vista no conformarse con la prudente prevision del príncipe, y es, que en lugar de marchar con todo su ejército á destruir al tirano de Azcapuzalco, despues de la ocupacion de Tezcoco, despide á sus aliados, y cual si ya no tuviera enemigo que combatir, se dedica á organizar la administracion de su imperio. No podia ocultársele que los mexicanos y tlaltelolcas, abandonados á sus solas fuerzas, sucumbirian tarde ó temprano, y en tal caso era fácil prever que el tirano cargaria sobre él con todos sus recursos, quedando tal vez expuesto á perder todo el fruto de sus victorias. Tampoco puede suponerse, como los mexicanos llegaron á creerlo, que un bajo deseo de venganza por los agravios que habian hecho á su padre el emperador Ixtlilxochitl, uniéndose con los tecpanecas y ocasionando su destronamiento y su muerte, le hubiese retenido en la inaccion, dándose el estéril placer de ver destruidos á los que habian tenido tan principal parte en su ruina. Un comportamiento de esta naturaleza no cabia en el alma generosa, y sobre todo, en las dotes de profundo político que caracterizan á Nezahualcoyotl. La verdad es que los mexicanos eran aborrecidos de los demas pueblos; que estos, por lo mismo, se negarian á formar causa comun con ellos, y que el príncipe, poseyendo un perfecto conocimiento de la si-

tuacion, se vió en la necesidad de apelar á sus propios recursos, levantando fuerzas en sus Estados, organizándolas y proveyéndolas de todo lo necesario, pues consideraba que tenia necesidad de ponerse en un pié respetable para combatir á los mismos que entonces eran sus aliados; maniobras todas que requerian tiempo y que explican muy satisfactoriamente esa aparente indiferencia por la suerte de tlaltelolcas y mexicanos, y por su mismo porvenir. Por lo demas, los sucesos que vamos á narrar justifican por sí solos las apreciaciones que dejamos hechas.